

Prólogo

“Ganas fuerza, valor y confianza, ante cada experiencia en que has de detenerte y mirar al miedo a la cara...” Eleanor Roosevelt

Dedicado a todas las personas que entregan su vida al cuidado de enfermos afectados de esquizofrenia, u otros trastornos mentales graves.

Yo sé, estimadas cuidadoras, qué difícil es afrontar cada nuevo amanecer con la incertidumbre de no saber cómo será hoy vuestro día, porque dependerá de la persona_ en algunos casos son más_ enferma, a la que dedicáis casi todo vuestro tiempo y vuestras energías, hasta el punto de que a fuerza de no haber vivido vuestra propia existencia, os habéis olvidado de ella.

Algunas mujeres: madres, esposas, hermanas... sobrevivís en silencio y solas, vuestro, o vuestros problemas, para que no se entere nadie... Yo también lo he vivido así. En mi trabajo, pasé de ser sociable y comunicativa, a encerrarme en mi misma y en mi aula. Entraba en el Hospital Psiquiátrico, como si en vez de ir a visitar a mi hijo enfermo, que no es culpable de estarlo, fuera a cometer un acto delictivo. Fue a raíz de entrar en contacto con una Asociación dedicada a la atención de personas con enfermedades mentales y sus familias, de la Ciudad donde vivo, cuando me di cuenta de que no estaba sola, que, mi hijo y yo, no

éramos dos seres raros únicos, y que allí, me escucharían sin rasgarse las vestiduras...

A estas alturas del discurso escrito, ya habréis adivinado que soy madre y cuidadora de un chico afectado de una enfermedad mental grave. Ésta ha sido mi segunda profesión desde hace ya casi veinticinco largos años... Al lado de mi hijo, he vivido los mejores y los peores momentos de mi existencia. Él me inspira dos grandes sentimientos: amor siempre, y temor, algunas veces. Me he sentido amenazada por él, y junto a él, protegida del resto del mundo. Este cúmulo de sensaciones paradójicas y contradictorias, quizás sean las culpables de que, en algunos momentos, haya creído estar al borde del desvarío...

Me dirijo, especialmente, a cuidadoras, porque el noventa y cinco por ciento, somos mujeres. Vaya también por algunos hombres que, por fin, ya han aceptado compartir crisis, desvelos y preocupaciones. Si se reparten responsabilidades, las penas son más llevaderas...

Seguramente vosotros, lo mismo que yo, os habréis preguntado, montones de veces, por qué la temida esquizofrenia, u otro trastorno mental grave, han hecho acto de presencia en nuestras vidas. En algunos casos, en los que se manifiestan en varios miembros de la familia, el origen genético parece claro. En otros, en los que el gen, posible portador del mal, esté perdido en cualquier rama lejana del árbol genealógico, serán la vulnerabilidad del paciente, y sus circunstancias familiares y sociales, las que provoquen, o no, la aparición del trastorno. Y si tenemos en cuenta que casi el dos por ciento de la población padece esquizofrenia, no es tan difícil que, más o menos cerca de nuestro entorno, haya algún familiar con la temida patología.

Tres son los protagonistas de mi relato. No podemos olvidar que cada ser humano, enfermo o sano, es único e irrepetible. Ángel, es el paradigma del enfermo mental adolescente, de hace cuarenta años, en un medio rural. Fernando, cuya vida transcurre en la Ciudad en los tiempos que corren, y que padece esquizofrenia paranoide crónica, es el hilo conductor de la historia. Chung Li_ espero que esté bien escrito_ era un inmigrante chino, uno más de los cientos de orientales, que vienen a nuestro país en busca de una vida mejor. A quiénes, por su especial idiosincrasia, yo creía inmunizados contra este tipo de trastornos. Y que la tragedia se coló, sin llamar siquiera, en su apacible vida, rompiendo todos sus sueños de futuro, que él presentía felices...

La Autora

A veces, oigo voces

Fernando dice de sí mismo:

“yo soy un renglón torcido de Dios”.

Regresaste por sorpresa, Fernando. “Baja, madre”, me dijiste por el portero automático. “He venido en el Talgo. En la Estación he tomado un taxi, y no tengo dinero para pagarlo”. Lo de no tener dinero es normal en ti. No dispones de mucho, pero aunque lo tuvieras, no sabrías qué hacer con ello. Nunca lo has sabido. Es otra de tus asignaturas pendientes, a pesar de mis lecciones de economía doméstica: siempre debe tenerse un apartado de dinero para gastos fijos, y otro para imprevistos, hijo. “No sé cómo pretendes que me organice así, madre. Mi pensión de 285 euros, no cubre ni los gastos fijos”, me dices. Llegaste cargado de equipaje... Recogiste todas tus pertenencias de la Habitación 238, del Centro Asistencial San Juan de Dios, ubicado en “El Montecillo” de Palencia, como si hubieras decidido, por tu cuenta y riesgo, no volver...

Las Navidades de tu regreso, por primera vez en varios años, pasaron con más gloria que pena. ¡Qué conflictivo te ponías siempre en estas celebraciones, hijo! ¡Cuántas Nocheviejas, después de una de tus aparatosas crisis navideñas, me quedaba yo sola delante de una mesa llena de manjares que nadie probaba, y las botellas de cava sin descorchar, porque los pocos de la familia que aún quedamos,

habían desaparecido...! Mientras, las doce campanadas del reloj de la Puerta del Sol, recibían el Año Nuevo en medio del bullicio y la algarabía de montones de gentes que adivinaba felices, porque las lágrimas que nublaban mis ojos, me impedían verlas en la pantalla del televisor... Pero este año llegaste sereno y tranquilo. Por lo que pensé que, aunque era demasiado pronto para cantar victoria, tal vez la terapia, de momento, estaba dando buenos resultados...

Has venido, como casi todos los días, a tomar una taza de café conmigo. Fuera, febrerillo el loco, se muestra frío y desapacible. De vez en cuando nos obsequia con una granizada, que cubre de cristalillos, con brillo de diamantes, el verde de nuestras praderas. Algunos se atreven a llamar con fuerza a las ventanas, como si quisieran entrar a derretirse al calor de nuestro hogar. Sentados frente a frente en la mesa de la cocina, saboreando una aromática taza de café descafeinado, de pronto me dijiste:

_¿Sabes que anoche la nieve cubrió de blanco la arena de las playas de nuestra Ciudad? Y, ¿a que no adivinas qué soñé?

_ Pues la verdad es que, así de pronto, no, hijo. Supongo que, dado que hace varios días que nieva y graniza, algo insólito por estos lugares, pudiera relacionarse con nuestro pasado, cuando para llegar a la Escuela teníamos que recorrer un camino de más de quinientos metros, con casi cuarenta centímetros de nieve.

_Pues sí, eso, precisamente eso, fue lo que soñé durante toda la noche. Fue un sueño maravilloso. ¡Cómo sentí despertarme, madre! Caminábamos los dos, cogidos de la mano, por un paisaje blanco inmaculado. Yo era un niño feliz, y tú eras una madre joven. ¡Qué tiempos aquellos! Nada nos detenía. Cada mañana, si hacía frío, como si hacía calor; si nevaba, llovía o lucía el sol, tú y yo, con nuestros gorros

de lana, con guantes y botas hasta las rodillas, recorríamos los casi ochocientos metros que separaban nuestra casa de la Escuela. Y llegábamos siempre los primeros. Ya teníamos la estufa llena de leña que ardía desprendiendo un calor oloroso y natural. Parece que oigo el chisporroteo de los troncos al quemarse...

_ Recuerda que los padres de los alumnos abrían sendas desde sus casas hasta la nuestra, y hasta la Escuela, para que llegáramos sin dificultades. A veces, en el poco tiempo que tardábamos en recorrer el camino nevaba tan intensamente, que caían quince centímetros de nieve y cubrían de nuevo la carretera...

El día nueve del pasado Enero, era la fecha prevista para tu regreso al Centro Asistencial. Pero, como me temía, decidiste no volver, en contra de la opinión de los psiquiatras, que aseguran que es demasiado pronto para abandonar la terapia. Las adicciones necesitan tiempo para curarse. Tú eras _ojalá no vuelvas a serlo_ consumidor compulsivo de alcohol. Fuiste allí voluntario a pedir ayuda y, si has decidido dejarlo, nadie puede obligarte... Fernando, hijo, temo que, una vez más, vas a equivocarte... Tu inconstancia ha hecho que tus recaídas se sucedan continuamente. Nada en ti es duradero... Quizás sea una consecuencia más de tu esquizofrenia paranoide, que venimos padeciendo desde hace más de veinte años.

Muchas fueron las consultas a las que tuvimos que acudir, antes de que pusieran nombre a tu enfermedad. Cuando quise saber el porqué de tanta demora en el diagnóstico, el médico psiquiatra, argumentó: “dada la gravedad de la enfermedad, preferimos no precipitarnos en las conclusiones, para no estigmatizar al paciente, ni a la familia”.

_Aprenderá a vivir con la enfermedad de su hijo, señora. La gente tiende a demonizar la esquizofrenia, y a la persona que la padece. Puedo asegurarle

que tendrá momentos en los cuales le resultará difícil convivir con él. Pero no mucho más que con algunas personas, que presumen de “cuerdos”_. Así me habló el doctor, mientras me tendía su mano para despedirse. Así ha sido. Y así sigue siendo, desde hace ya más de dos décadas.

La incipiente primavera ha suavizado los rigores del frío invierno. Y aunque allá, a lo lejos, las montañas siguen luciendo su blanco y helado velo de novias eternas del cielo, en la Naturaleza ha estallado la vida vestida de luminosos tonos verdes, y de praderas engalanadas de florecillas multicolores...

_Madre: _ me dijiste hoy cuando llegaste a la hora de comer_ ¿te has dado cuenta de que ya han vuelto al Bosquecillo, los zorzales, las golondrinas, las urracas y que tenemos el magnolio lleno de gorriones y jilguerillos?

Como caballero andante, con casco y sin escudero, a lomos de Libertad _ así llamas a tu moto_ recorres los cuatro puntos cardinales de nuestra Comarca de horizontes infinitos... La conoces como la palma de tu mano. Aseguras que tu espíritu se serena, y tu mente atormentada descansa en contacto con la Naturaleza. Si el tiempo lo permite, pasas horas enteras contemplando los pájaros, la incesante actividad de los insectos, y la salud de los árboles del bosque por el aspecto que presentan sus hojas. Te gusta hablar con los ancianos de los lugares que recorres, porque según tú, “encierran la sabiduría popular y nadie como ellos conoce las tradiciones”. Salir contigo a visitar alguno de los numerosísimos pueblos donde hay palacetes, casonas antiguas y lugares con historia, es una delicia, porque te conviertes en el guía perfecto. También puede suceder que en un momento dado, decidas, sin darnos ninguna explicación, dejarnos abandonados a nuestra suerte...

Llevas una temporada que te noto bastante confuso con tus creencias religiosas. Hace unos días, te has declarado católico, no practicante. En otros

momentos, te sientes ateo convencido. Muchas veces aseguras que eres agnóstico, y ahora andas impregnado de un misticismo que me preocupa...

_¿Sabes dónde veo yo a Dios, madre?

Pues no sé, Fernando. Tu pregunta me sorprendió y me alertó pensando que, tal vez, una nueva crisis estuviera al acecho... No tengo buenos recuerdos de primaveras pasadas.

_ Escucha, madre: Yo veo al Creador en una pequeña flor, en un árbol, en una estrella, en el arco iris, en el fragor de una tormenta, en un océano encrespado, en un mar en calma... En un águila poderosa, o en un diminuto pajarillo... Esto, ¿ te parece a ti que es ser panteísta?

_Pues no lo sé, hijo. Los panteístas confunden a Dios con el Universo. No creo que sea lo mismo ver que confundir... En realidad nos han enseñado que Dios es invisible, y que está en todas partes...

Pasé algo preocupada aquella tarde, por ese misticismo extraño que te invadía de repente. Imagino que será poco duradero, como todo en ti. Tan solo hacía unos días que me habías dicho: “Estoy enfadado con Dios, madre, por haberme incluido entre sus renglones torcidos”. Supongo que habrás leído “Los renglones torcidos de Dios”, de Torcuato Luca de Tena.

La inestabilidad de estos enfermos genera, sin ellos pretenderlo, una energía negativa, que llega a producir ansiedad en las personas que vivimos cerca, y que, a su vez, por su especial sensibilidad para detectar estados anímicos, perciben, y no les favorecen en nada. Es una situación que no está en nuestras manos, ni en las de ellos, controlarla...

Tu amor y respeto por la Naturaleza me trajeron recuerdos hermosos, entrañables, tan lejanos en el tiempo_ sucedieron durante el curso escolar, mil

novecientos sesenta y uno, mil novecientos sesenta y dos_ y tan claros en mi memoria, como si hubieran sucedido ayer mismo...



Aquella tarde del primer día de septiembre, de hace muchos años, descendí del tren Correo de las cinco y media, en el andén de una pequeña Estación, que más bien parecía apeadero. De pronto, el silencio fue roto por el agudo silbido de la locomotora enorme, negra y brillante, que arrancó con gran estruendo de ruedas, soltando por su chimenea un peñacho de chispas y humo, que ennegreció aquel cielo azul castellano de finales del estío. El tren se perdió en la primera curva de su camino de hierro. Entonces, me di cuenta de que en el andén sólo había un empleado de Renfe y un muchacho, como de unos catorce años, de mirada esquiva. Cuando se sintió observado por mí, corrió a esconderse detrás del edificio de la pequeña Estación. De vez en cuando, asomaba la cabeza, me miraba, y volvía a esconderse. Su comportamiento, en aquel momento, no me llamó demasiado la atención. Pensé que era un adolescente tímido, poco acostumbrado a ver gente forastera. De aquel convoy había descendido sólo yo. Y por una puerta del primer coche, en el que podía leerse en letras amarillas “Correos”, fue arrojada al andén una saca de cartas.

Llevo en El Valle quince días, y he vuelto a ver al muchacho de la Estación, varias veces. Su comportamiento sigue siendo idéntico al que tuvo cuando lo descubrí, por primera vez, en el andén, el mismo día que llegué. Sentí curiosidad porque hay muchas cosas en él: su actitud, su forma de vestir, su soledad, nunca lo

había visto con nadie, que llamaban mi atención. Mi función en aquel pueblo era la de compartir mis conocimientos con los chicos y chicas en edad escolar, y este jovencito, ya la sobrepasaba...

La mañana de aquel día, el cielo había amanecido con enormes nubarrones grises. El sol, agazapado detrás de ellos, no daba señales de vida. Esta oscuridad cárdena, y que la gallina de un gallinero vecino, no había venido con su numerosa y ruidosa prole de pollitos amarillos, a picotear por la pradera de la Escuela, sin importarles las carreras, ni los gritos de los niños, me hicieron intuir que un chaparrón estaba a punto de caer. Decidí que, durante el recreo, mis alumnos permanecieran dentro del aula, y que hicieran las actividades que más les apetecieran...

M^a Teresa, una de mis alumnas mayores, se acercó a mí para pedirme ayuda en algo relacionado con un crucigrama que intentaba resolver... Aprovechando que el muchacho de la Estación cruzaba delante de los ventanales del aula, le pregunté:

_¿Quién es ese chico, Maite?

_¡Ah, ése! Es Ángel “Mendrugos”, el loco. Y en el pueblo de al lado, hay un tonto...

Creí notar en la voz de la niña como un cierto desprecio, que, además de sorprenderme, no me gustó nada. No era el momento adecuado para tratar de dar una lección de solidaridad. Decidí saber algo más de Ángel, del que ya sabía cómo se llamaba.

_Creo notar en ti como un cierto tono despectivo, Maite.

_Bueno, señorita, me es indiferente. No es amigo de nadie. Siempre está solo. Nunca ha venido a la escuela. Habla con los pájaros y les da de comer pan

duro. Por eso le llaman “Mendrugos”, porque sus bolsillos siempre están llenos de trocitos de pan para ellos, que le siguen en bandadas...

_Pero eso no es motivo para que no se acerque a vosotros. Si él por timidez no lo hace, deberíais llamarlo para que jugara con todos los niños en los recreos, y fuera de ellos. Debe ser muy triste sentirse tan solo. Tal vez por eso busca compañía entre los animales...

Pues, no sé, maestra. Pero pasa horas enteras observando los árboles, las ranas, los sapos y hasta serpientes. Cualquier bicho que encuentre. ¡Vamos, que es rarísimo! Todo el mundo dice que está como una cabra, terminó Maite.

Aquel día decidí que en la primera ocasión que tuviera, me acercaría a Ángel. Hablaría con él, y lo invitaría a venir a jugar durante los recreos, y a acompañarnos en nuestras salidas al campo, aprovechando que la dorada estación otoñal, por aquellos pagos, era bonancible, y permitía estudiar la flora y fauna del lugar, en vivo y en directo.

Él era como un reloj. Pasaba siempre, a las mismas horas, por los mismos lugares. En un pueblo tan pequeño, donde cada vecino sabía las costumbres de los demás, encontrarse con la persona deseada, era fácil. Aquella misma tarde me topé con Ángel. Me dirigí hacia él y lo llamé:

_ ¡Ángel!, acércate. Soy la nueva maestra, y sólo quiero hablar contigo.

En el primer momento, hizo ademán de salir huyendo, pero se quedó quieto unos segundos. Después vino hacia mí lentamente, como si me tuviera miedo. A una cierta distancia, volvió a pararse y permaneció callado. A veces me miraba, y otras dirigía sus ojos hacia el suelo.

_ Ya me conoces, ¿verdad? Me llamo María, y me gustaría ser tu amiga y que vinieras a jugar con los demás niños del pueblo, durante los recreos. Y si algún día quieres entrar en clase, también puedes hacerlo.

Seguía sin hablar, pero ahora me miraba fijamente a los ojos. Debo reconocer que su mirada me cautivó. Sus ojos tranquilos, claros, limpios, y a veces algo dispersos, eran los de un niño muy pequeño, en un rostro de adolescente. Había en ellos como un cierto desamparo...

_ ¡Claro que me gustaría! Pero no me dejará mi padre ir contigo a la Escuela, maestra. Él dice que yo sólo valgo para limpiar a los animales, para comer y para holgazanear por los campos, como una alimaña. Y sí que te conozco. Te vi cuando bajaste del tren, en la Estación.

Ahora que sabía que Ángel sí quería acercarse a mis clases, aunque ya no estuviera en edad escolar, estaba dispuesta a intentar ayudarlo; pero antes debería hablar con sus padres. Don Felipe, el sacerdote, me advirtió que Aurora, la madre, era una pobre mujer sometida a la tiranía de un hombre cerril y poco comprensivo, aunque en el fondo, no era mala persona. Había muchos hombres como él, en aquellos tiempos. Su comprensión y ternura, las llevaban tan escondidas, por temor a perder su mal entendida hombría, que jamás afloraban a la superficie. Y era preciso rascar mucho para encontrarlas. Me contó que Ángel era el más pequeño de dos hermanos y una hermana. Que era algo diferente, y que nunca le habían dado ninguna oportunidad, a pesar de que él había intervenido en favor del muchacho. Andrés, su padre, alegaba que, a menudo, le daban ataques y gritaba como un poseso y, hasta que se le pasaba, había que encerrarlo en casa. El médico de cabecera le recetaba unos tranquilizantes, que lo dejaban adormilado... Nunca lo habían llevado a un especialista que hiciera un diagnóstico de su enfermedad, y le pusiera el tratamiento adecuado...

Habían pasado treinta y cinco días desde que llegué a El Valle. Durante este mes largo, mis chicos y yo habíamos conseguido que todo dentro del aula funcionara a la perfección. Nuestra humilde biblioteca estaba limpia, y los libros en orden. En los ventanales del Edificio Escolar habíamos colocado macetas amarillas, que en la próxima primavera lucirían flores multicolores, y hasta habíamos plantado dos arbolitos.

La habitación que me había alquilado la señora Eloísa, y que sin duda era la mejor que tenía en su casa, también la había ordenado a mi gusto con el sencillo mobiliario del que disponía.

Creí que era el momento idóneo para acercarme al domicilio del señor Andrés Montes, padre de Ángel. Debo aclarar que, según las referencias que el señor cura me había dado de él, tenía casi la certeza de que no sería bien recibida. Pero había que intentarlo... Me abrió la puerta una señora que, enseguida intuí, por las señas que tenía de ella, era la madre de Ángel. Cuando le miré a los ojos, lo supe sin lugar a dudas, eran del mismo color que los de su hijo.

_Buenas tardes, señora. Supongo que usted es Aurora, la madre de Ángel.

Buenas nos dé Dios, señorita. ¿Ha hecho algo mi hijo que le haya molestado a usted? Su voz sonaba preocupada, y bajó tanto su tono, a la vez que miraba hacia una puerta entreabierta, que apenas pude entender lo que me dijo.

_ No, no señora, ¡qué va! He hablado con su hijo un par de veces o tres, y siempre ha sido muy correcto_. Le respondí rápidamente para que se tranquilizara, porque estaba nerviosa.

_ Es que, ¿sabe usted?, mi hijo no está bien. Y a veces, cuando le da la locura, dice cosas groseras a las chicas y a las mujeres, y hasta orina delante de ellas.

Y como usted es tan joven, pues quizás se hubiera atrevido a faltarla...Y vienen a decírselo a su padre. No se puede usted imaginar qué correazos le da, y lo encierra en el desván con llave. A mi se me parte el alma, señorita. Me duelen como si me los diera a mí, ¿comprende?

_¡Claro que la comprendo, señora! Más de lo que usted se imagina. Pero tranquilícese. Su hijo no me ha molestado, en absoluto.

Tenía ganas de hablar. Por eso sin darme la oportunidad de decirle por qué estaba allí, siguió:

_Hablo así de bajo, para que mi hombre no nos oiga. Anda por ahí trajinando, ya sabe, en el campo nunca falta tarea. No es mal padre, pero no me gusta cómo trata a mi pequeño Angelito. Cuando está bien, es tan buen hijo, tan cariñoso...No se lo imagina usted, señorita.

Me había invitado a pasar a una habitación que hacía las veces de comedor y sala de recibir. Era humilde, pero había mucho orden, y cierto gusto en la distribución de sus sencillos enseres. Encima de una mesa, tenía una jarra de cristal azul con un ramillete multicolor de florecillas silvestres.

Me las ha traído mi Angelito de uno de sus paseos por el campo. Me aclaró, cuando vio que yo me había fijado en ellas.

¡Son preciosas!, le dije. Porque de verdad lo eran. Formaban un conjunto floral, tan bello y armónico, que dudo que ni el más experto florista hubiera podido hacerlo más hermoso.

_Mi hijo adora el campo, señorita. Lo sabe todo de las plantas y de los animales...

_ Aurora, quisiera explicarle el motivo de mi visita, que no es otro que hablar con ustedes, para pedirles que dejen a su hijo Ángel asistir a mis clases. Le

sentará bien relacionarse con los demás chicos y chicas del pueblo. Sería una buena terapia, sin duda.

La mujer estuvo unos momentos pensativa... Creí que tendría que explicarle de nuevo el motivo de mi presencia allí, porque tal vez no me hubiera entendido. Por fin respondió:

_ Dudo mucho que su padre lo permita. No niego que es lo que más he deseado. Siempre he suspirado porque mi hijo hubiera ido a la Escuela con los demás. Que hubiera acudido a ella, cada día, con sus libros y cuadernos. Que hubiera aprendido a leer y a escribir, a dibujar y a todo eso que hacen los niños en las clases...Pero no ha sido así, señorita. Y ahora me temo que ya es demasiado tarde_. Había tal deje de tristeza en su voz, que me conmovió...

_ No, nunca es tarde_ le respondí_. Desde mañana mismo, su hijo puede venir a mis clases, como un alumno más.

_Tendrá que hablar con su padre. Y me temo que no va a ser fácil convencerlo. Es terco como una mula, aunque ya le he dicho que no es mal hombre. Yo trataré de hablarle de ello para que no le pille de sorpresa, y la eche de aquí con cajas destempladas...

Justo, en aquel momento, cuando ya me había levantado para despedirme, entró en el comedor, un señor, que supuse sería Andrés Montes. Y lo era. Me miró con curiosidad, y no sin cierto recelo. Eso me pareció...

Es la señorita maestra. Se apresuró a decirle Aurora, presentándonos. Se había quitado la boina que cubría su cabeza, en la que comenzaba a notarse una incipiente calvicie, y se la pasó a la mano izquierda para extender la derecha hacia mí, que yo estreché.

_ Pues usted dirá para que somos buenos, señorita. No tenemos niños en edad escolar, y no ocupo en el pueblo ningún cargo por el que pudiera resolverle algún problema, relacionado con su profesión.

_ Pues aunque le parezca mentira, sí, vengo a hablar con usted de algo muy importante, y tiene mucho que ver con mi profesión, y con su hijo Ángel, con el que he tenido el placer de charlar antes de venir a verles a ustedes...

Hubo unos segundos de silencio, entre el señor Andrés y yo, durante los cuales, Aurora, me preguntó si me apetecía tomar unas lonchitas de jamón curado en casa. Le agradecí la invitación, pero me negué alegando que no estaba acostumbrada a tomar nada a esa hora. Eran poco más de las cinco de la tarde. Si hubiera sido un café, tal vez lo hubiera aceptado...

Pues usted dirá, señorita, qué quiere de mi hijo Ángel. Su tono no fue amable

_Deseo que venga a la Escuela conmigo.

Se lo dije sin rodeos. No sé de donde saqué la contundencia con la que lo hice, porque aquel señor tenía fama de malhumorado...

_ ¡Eso, es imposible! Por si no se lo ha dicho nadie, se lo voy a decir yo: ¡mi hijo está chiflado! Y allá donde va, da problemas. Tiene catorce años. No sabe leer. ¡Nunca ha ido a la Escuela! ¡Para qué va a ir! Para lo único que sirve es para limpiar las vacas. Después se va por ahí, y anda hablando con los pájaros y con los árboles. Y cuando se remonta, dice y hace obscenidades delante de las chicas del pueblo... ¿Quiere todavía que vaya a la Escuela?

Lo dijo a gritos. Yo diría que desesperado. No sabría decir si ese hombre amaba, u odiaba a su hijo. Sólo sé que en su discurso había mucho: ¿dolor?, ¿rabia?, ¿impotencia? Tal vez las tres cosas juntas... Sentí lástima.

_ Pues sí, Sr. Andrés_ respondí con firmeza_, sigo queriendo que su hijo asista a mis clases, a pesar de todo eso que usted me está contando...

_ Y si se pone a dar voces en la clase, ¿qué hará?

_ Intentaré calmarlo. Pero yo sé que, hasta ahora, su hijo sólo grita en casa de ustedes. Yo no soy médico. Pero mi trato con los niños, y mis elementales conocimientos de psicología, me dicen que un niño aislado, sin tener nunca nadie con quién comunicarse, puede, desde inventarse un amigo imaginario, hasta hablar solo y dar gritos que, quizás, no se repetirían en situaciones diferentes...

_Mire usted, señorita maestra, este chico es idéntico que su abuelo, mi padre, quién siempre tuvo fama de raro, y que después de hacer sufrir a mi madre lo que nadie se imagina, terminó colgándose en la cuadra de una soga, y nos dejó cuando yo apenas tenía la edad de éste, ahora. Me tuve que hacer cargo de la labranza para ayudar a mi madre, y sacar a mi única hermana adelante. Así que, maestra, Ángel está maldito. Ha heredado la enfermedad de su abuelo. ¡Déjenos en paz, y váyase!

Más que hablar, el hombre gritaba. En aquel momento me dejó sin argumentos. Me levanté y me despedí de aquella familia. Salí de allí con la impresión de que, Andrés Montes, nunca dejaría a su hijo asistir a mis clases. Pasaron varios días y, efectivamente, Ángel no aparecía por la Escuela. Pasaba como siempre, miraba de reojo, y yo diría que apresuraba el paso y desaparecía. Enfín, esperaré un tiempo prudencial, y volveré a la carga, aunque de nuevo me despachara con cajas destempladas...

Aquella mañana era domingo. Amaneció un día espléndido. El sol brillaba generoso y cálido en un cielo azul sin nubes. El otoño había desnudado los árboles para alfombrar el suelo, y había teñido de oro y cobre el paisaje para dar la bienvenida a noviembre, que estaba a punto de llegar. Camino de la Iglesia me topé,

en una curva, con Aurora. Pareció sorprenderse al darse casi de bruces conmigo. Fui yo la que me acerqué a ella para saludarla, y seguir juntas en dirección al templo.

Espero que no hayan olvidado el motivo de mi visita a casa de ustedes, hace ya unos días, le dije sin rodeos.

_ Claro que no, señorita, claro que no. ¿Sabe?, desde el día que me lo dijo, pienso continuamente en lo bien que le vendría a mi Angelito acudir a la Escuela. ¡Y sólo de pensarlo me hace una ilusión...! Pero repito, una vez más, que no depende de mí... ¡Si de mí dependiera...!_ Había mucha resignación en sus palabras.

Se hizo el silencio entre las dos. Estábamos entrando en la Iglesia, y así quedó nuestra conversación aquel día. Después de misa, yo me encontré con una compañera de La Ermita, un pueblecillo cercano, y no volví a ver a la madre de Ángel. No pudimos continuar hablando del tema que nos preocupaba a las dos. Patricia y yo preparábamos una excursión al campo, con nuestros respectivos alumnos, y teníamos que organizarla...

El jueves amaneció un día soleado y apacible. Una brisa suave desprendía las escasas hojas que todavía quedaban en algunos árboles, y cubrían el camino que nos conducía al bosque, hacia el que nos dirigíamos. Habíamos elegido este día para hacer nuestro paseo campestre y recoger hojas para luego clasificarlas. En el bosque sólo se oían los gritos de los cincuenta niños que llevábamos. Los pájaros y demás seres vivos que habitaban en él, ante esta invasión de carreras y gritos, habían desaparecido buscándose un refugio seguro. Mi compañera de La Ermita llevaba veintidós alumnos, entre niños y niñas, y yo el resto. La convivencia entre pueblos limítrofes, que era otro de los objetivos de la excursión, era muy grata.

¡Señorita!, gritó una de mis alumnas mayores_. Por allí va “El Mendrugos”, el loco.

_Lidia, por favor, no le llames así.

_ Así le apodan, señorita, yo no se lo he puesto...

_ Bueno, pero tú sabes que se llama Ángel. O, ¿ no lo sabes, Lidia?

Me mostré seria con la niña. Quizás demasiado enfadada. Es difícil intentar borrar un apodo, cuando era el pueblo entero quién se lo llamaba. Yo diría que hasta su propia familia. Llamé a Ángel por su nombre. Tan poco acostumbrado estaba a que le nombraran de esta manera, que sólo giró la cabeza cuando se lo repetí por tercera vez. Se volvió, e hizo ademán de huir cuando vio tantos niños. Pero se dio cuenta de que era yo quién lo llamaba, y se paró.

¡Ven, Ángel! le dije_. No te vayas, quiero hablar contigo.

Se acercó receloso, mirando a un lado y otro, pendiente de la espectación que había levantado su presencia entre los niños. Por fin llegó cerca de Patricia, mi compañera, y de mí.

_ Me recuerdas, ¿verdad? ¿Sabes quién soy?

_Sí, eres la maestra de la Escuela.

_Esta señorita es Patricia, otra maestra. Y las dos queremos que te quedes con nosotras y los niños, a recoger hojas, y como yo sé que tú sabes mucho de plantas, nos vas a ir diciendo los nombres de todos los árboles del bosque. Y otro día, nos hablarás de los todos los animalillos que sabemos que tú conoces, porque les observas mucho en tus paseos solitarios. Y nos hablarás de tus pájaros también. ¿De acuerdo?

_Bueno, maestra, si tú quieres... Cuando voy yo solo, los pájaros me siguen porque les doy de comer. Y todos los demás animales salen al sol, y no se van cuando me ven llegar. Pero hoy les habéis asustado y se han ido. Si venís muchos, y voceáis tanto, nunca encontraréis pájaros, ni ningún otro bicho...

Cuando vio que nos disponíamos a dar buena cuenta de nuestros bocadillos, intentó irse. Pero insistimos que le daríamos de comer entre todos, y que se quedara con nosotros. Se sentó a una cierta distancia. Patricia y yo compartimos nuestros bocadillos con él. Los niños, que suelen ser generosos, le fueron dando un trozo de chorizo, un trocito de queso, una fruta... Total que, poquito de aquí, poquito de allá, fue el que mejor comió. Aunque, eso sí, permaneció distanciado de todos, y en su mirada había mucha desconfianza... Pero yo estaba encantada. Había conseguido que, por primera vez, los niños dejaran de mirarlo como a un bicho raro, y se dieran cuenta de que Ángel, con sus rarezas, que sin duda las tenía, y aunque era un niño diferente, podía estar integrado perfectamente con ellos. Él se sentiría muy beneficiado con la amistad de todos. Y ellos, sin duda, con la de él. Aquella tarde nos había demostrado cuánto sabía de árboles sanos y enfermos...

Estas hojas se han caído de un árbol que tiene una plaga, señorita. Me dijo enseñándome unas cuantas que, efectivamente, lejos de tener el color dorado, caldera, amarillento o verde oscuro de otras, tenían un color marrón y sus bordes estaban rizados y carcomidos.

¿Cómo has llegado a esta conclusión, Ángel? Le preguntó, Patricia, la maestra de La Ermita.

_Cuando descubro hojas en el bosque, así como están éstas, que su color es feo, sus bordes están mal, y no son como las demás, observo el árbol del que se han caído, y yo mismo descubro los bichos que lo están destruyendo...

Su explicación era lenta, entrecortada, le costaba encontrar la palabra adecuada, pero yo sabía que era consecuencia de su aislamiento, y de su falta de comunicación con los demás. Esto se corregiría si dialogara con los niños. Cada vez estaba más decidida a luchar por conseguir la autorización de su padre. Durante aquel

paseo al campo, por primera vez, vi una cierta alegría en su cara, que, normalmente, no traslucía emoción alguna. Descubrí un brillo especial en sus ojos, como si quisiera decirnos: “veis, aunque creáis que estoy loco, yo también sé cosas y las he aprendido solo”.

Fue imposible convencer a Andrés de lo bien que le vendría a Angel asistir a mis clases. Su madre y yo decidimos cambiar de estrategia: Cuando su padre saliera de casa camino de sus labores agrícolas, en este tiempo, las propias de la sementera, ella me enviaría a su hijo. Aurora, Ángel y yo, nos hicimos cómplices por una causa que nos parecía buena, y todo comenzó a ir sobre ruedas... No queríamos pensar qué pasaría cuando el señor Andrés descubriera el engaño. Como alumno era una delicia. Atento y trabajador, no perdía ni un solo minuto de su tiempo. Aprendió a leer perfectamente en seis meses. Le costó un poquito más aprender a escribir, sobre todo la ortografía, caballo de batalla del cincuenta por ciento de los alumnos...

Es cierto que, de vez en cuando, se acercaba a mí y me pedía permiso para salir unos minutos al patio, hasta que se le pasaran los nervios. Me decía que se encontraba muy inquieto y necesitaba estar solo, “porque si no a lo mejor grito, señorita”. Yo le autorizaba restando importancia al hecho en sí, y diciéndole que podía volver cuando se le pasara...Y si dando un grito en la calle, se quedaba tranquilo, pues que lo diera. A nadie perjudicaba.

Al principio permanecía solo en los recreos. No participaba de los juegos de los demás. Dentro del aula, también se sentaba aislado, o cerca de los más pequeños. En aquellas escuelas mixtas, estaban juntos niños y niñas de diferentes edades y distintos niveles, sobre todo en los pueblos pequeños...

Cada vez nos resultaba más difícil ocultarle a Andrés la asistencia de su hijo a mis clases. El invierno llegaba con prisa, y cuando el otoño estaba a punto de

decir adiós, he aquí que cayó la primera nevada. Desde los ventanales del aula veíamos el pueblo, tan blanco bajo el espeso manto de nieve, que parecía un Belén. Ángel debía salir de casa a escondidas porque su padre, ante la imposibilidad de ir al campo, limpiaba la cuadra y el granero. Aurora tenía miedo de que reclamase a su hijo para que lo ayudara.

—¿Dónde anda ese chico, que no está en casa con la nieve que ha caído?—. Preguntó Andrés, a su mujer, aquella mañana.

—Ya sabes, por ahí, como perro sin amo— respondió ella, evasiva—. Se pone las botas de goma hasta las rodillas y se va. Desde siempre, si permanece mucho tiempo en casa, le entra como hormiguillo y no puede parar quieto... Pero antes de irse ha dejado limpia la cuadra, y ha puesto el pienso a las vacas—. Afirmó la madre, dando la conversación por terminada, a la vez que abandonaba la cocina. Temerosa de que su marido siguiera investigando...

Ante la imposibilidad de salir al recreo, porque enormes copos de nieve después de danzar como peleles, suspendidos en el aire durante segundos, caían cubriendo la pradera donde jugaban mis alumnos, decidimos quedarnos en el aula, al calor de la estufa de leña, y escribir una carta a un amigo, o a un familiar.

La epístola que de verdad tocó la fibra sensible de nuestro corazón, fue la de Ángel. Se la dedicó a su padre. Me conmovió su cariño, su ternura. Su caligrafía era, todavía, irregular. No recuerdo los términos exactos en los que estaba escrita... Pero sí que le pedía perdón por haberle engañado, asistiendo a la Escuela sin su permiso. “No regañes ni a mi madre, ni a la señorita. Sé un montón de cosas: sumar, restar, multiplicar y dividir. Hago problemas sencillos, padre. Estoy escribiendo un diario donde cuento cosas más... Sólomente me he portado mal una vez que intenté levantar las faldas a Ana en un recreo. La Señora me riñó mucho, y le prometí que no lo

como normal. Pero que esas situaciones, que ahora no controlaba, llegarían a desaparecer con un diagnóstico y tratamiento adecuados...

Por fin, Ángel estaba en tratamiento con un psiquiatra de la Ciudad, y hacía vida casi normal. En mi mesa de clase había siempre un ramillete de florecillas silvestres: amarillas, blancas, azules, violetas, que recogía cada mañana, antes de comenzar el horario escolar. Los chicos del pueblo se disputaban su amistad. Mi estancia en El Valle había llegado a su fin...

¡Qué vamos a hacer ahora, señorita, que usted se nos va! Me dijeron Aurora y Andrés, tan emocionados como yo, cuando estaba a punto de subirme al tren Correo que me llevaría a mi nuevo destino. Lo último que vi, antes de que aquel convoy de chispas y humo perdiera de vista la Estación, en aquella curva de su camino de hierro, fueron los brazos levantados de mis amigos que me decían adiós, y a Ángel, que llegaba corriendo con un ramillete de florecillas silvestres...Yo también estaba segura de que nunca olvidaría mi estancia en aquel pequeño pueblo de Castilla.

_¡Hasta siempre, amigos!



Fernando había permanecido silencioso, y había seguido la historia con visible interés, aunque noté que, durante la narración, había encendido varios cigarrillos y tomado dos tazas de café descafeinado.

_No sé qué tengo yo que ver con Ángel Montes, madre. Ni por qué te le recuerdo. Él era analfabeto a los catorce años, y yo a esa edad estudiaba segundo de BUP...

_Pues sí, hijo, me le has recordado, porque él y tú tenéis en común vuestro amor y respeto por la Naturaleza.

Noté por el tono de tu voz que mi comentario resultó inoportuno, porque ahondó en heridas del pasado, que no te gusta recordar: tu estancia en la Universidad y tu abandono, a punto ya de terminar tu licenciatura en Hispánicas. Es muy difícil saber cómo puedes interpretar algún comentario que yo, en un momento dado, pueda hacer. De hecho, suelo pensar mucho las cosas antes de hablar. Pero esta vez me equivoqué, sin duda...

Del pasado, excepto de mi niñez, y del futuro, cuanto menos hablemos, mejor...Centrémonos en el presente. Mi mente frágil, enferma e inestable, controla, mejor dicho, descontrola mi vida. Hay muchos momentos en los cuales no soy dueño de ella, por eso, pensar en el futuro me produce mucha inquietud y angustia, madre. Distes por terminada la conversación. Apagaste el cigarrillo en el cenicero, y te despediste diciéndome que no sabías si vendrías a comer...

Eres hombre de silencios prolongados, o de discursos interminables: muchas veces cuerdo, algunas veces loco... De campos abiertos, eres hombre. De viajes hacia donde el sol y el viento te lleven. De soledades buscadas, o de amistades complicadas. Eres paradójico y contradictorio, Fernando.

El verano y el invierno son tus estaciones preferidas. Te viene bien bañarte en el mar, cuando el sol calienta. El único deporte que practicas es la natación. Te gustan las playas pequeñas, poco frecuentadas, escondidas entre acantilados. Lejos de la gente, te entregas a una de tus aficiones favoritas: pensar, “a veces, mis

pensamientos me hacen daño, mucho daño, madre. Entonces, me zambullo entre las olas y las malas ideas que me atormentan, se las lleva el agua...”

Son casi las dos de la tarde y tú, Fernando, sin dar señales de vida. Te he llamado por teléfono varias veces, y no he obtenido respuesta. Estoy preocupada. La lluvia anticipada y el viento del otoño, se han llevado lo poco que quedaba del estío. Tampoco es buena estación para ti el otoño, hijo. A punto de subir a tu apartamento para saber qué te pasa, por fin, has cogido el teléfono.

_ Fernando, hijo, es casi hora de comer y tú sin dar señales de vida...

_ Es que no puedo salir de casa. Abajo, cerca de la puerta, hay un coche con el motor en marcha, y una pareja dentro de él, que me esperan para invitarme a beber. Y no quiero, madre.

_Escucha, hijo, vuelve a mirar, verás como ese coche ya no está. Y ven a casa que tienes que tomar la medicación.

_No sé, madre, no sé si podré bajar. Porque aunque se hayan ido los del coche, igual están los policías, y tampoco puedo salir, porque seguro que vienen a por mí...

_¡Fernando!, los policías sólo detienen a delincuentes, y tú no lo eres.¡Baja, por favor!

_ No te creas, madre_, hubo un silencio, como si no te atrevieras a seguir contándome algo, de lo que te sentías culpable...

_¡Fernando!, ¿qué pasa?, ¿qué has hecho? Me tienes en ascuas, hijo, ¡habla de una vez!

_Me da mucha vergüenza. Si no te enfadas mucho, te lo digo...

Los segundos que pasaron hasta que volví a oír tu voz, se me hicieron interminables...

_Me he masturbado en mi salón, frente a la ventana que da al parque...

_Pero vamos a ver, hijo, ¿es que no tienes otro sitio donde hacerlo? En tu casa nadie puede detenerte por eso. Pero, ¡no te pongas donde puedan verte, Fernando! ¡Y ven a casa de una vez!

Es que me gusta que me vean. Lo dijiste muy bajo, como si tuvieras miedo de que te oyeran.

_Entonces tienes un problema, hijo. Y debes consultarlo con el doctor...

Presiento que la paranoia se ha adueñado de ti, desde hacía unos días. Unas veces me hablas de policías que rondan por El Cierro del Alisal, y vigilan de cerca tu casa. Otras, de ese coche de no sé qué gente, que te espera para invitarte a beber. Llevas una temporada extraño. Creo que bebes, aunque me lo ocultas, hijo. Tu moto, Libertad, permanece en el garaje y tú, melancólico y deprimido, no sabes cómo escaquearte de la vida... Es en este tiempo variable de días grises, cuando tengo miedo de que termines refugiándote en el Hospital. Y si, además, afirmas que en ningún otro sitio encuentras compañía, ni estás más seguro, mis temores son más que fundados...

Estoy sufriendo mucho, madre, me dijiste hoy cuando llegaste a casa_. Una voz chillona y desagradable, que a veces pienso que es mi propia voz, golpea mi cerebro como un martillo, y me insulta. Me llama hijoputa_con perdón_, malnacido, holgazán y muchas cosas más. Me genera un sufrimiento, moral, que me hunde. ¡Tengo miedo! ¡Me volverá loco! Me gustaría morirme. La voz tiene razón: Soy todo eso, y más. Un día me estallará la cabeza...

_Escucha, hijo: _le dije, mientras mis manos acariciaban su cabeza tan querida_. ¿Recuerdas “La mente maravillosa”? Tú debes hacer lo mismo que el

protagonista de la película, el actor Russel Crowe, cuya interpretación fue inolvidable. Piensa que son alucinaciones auditivas y visuales, y procura aprender a vivir con ellas. Llegará el momento en que ni las oirás, ni las verás... Recuerda que sólo son producto de tu mente. Trata de relajarte, de pensar en algo bonito, escribirlo...

_¡Cómo si fuera tan fácil, madre! Por si no lo sabes, Oscar Wilde dijo: “Todo el mundo puede hacer historia, sólo un gran hombre puede escribirla”.

_No, hijo, no es exactamente así. Yo creo, en contra de lo que él afirma, que cualquier persona, no analfabeta, es capaz de escribir algo. Lo que sea: un poema, un pensamiento... Y ¿por qué no, una historia?

Eso es lo que tú opinas, mamá. A mí me resulta difícilísimo escribir. Se me embarullan las ideas...Tengo algunos ratos que pudiera hacer algo, pero pocos. Hubo un silencio corto, y luego continuaste_.Y hablando de Wilde: ¿sabías que estuvo en la cárcel dos años porque fue acusado de pederastia y homosexualidad? En la Inglaterra del siglo XIX, de moral tan rígida, ambas cosas eran imperdonables. Por eso el final de su vida, lo pasó en Francia con nombre falso...

_No, no lo sabía, hijo. La pederastia es, y será siempre, imperdonable. Es una aberración de la que los seres humanos debemos avergonzarnos...

Comenzaste a visitar, con demasiada frecuencia, el Hospital Psiquiátrico, distante de nuestra casa unos ocho kilómetros, más o menos. En su Cafetería pasas las mañanas, hasta que los internos van al comedor. Me aseguras que visitas a un antiguo Catedrático de la Universidad que, ahora en su vejez, está allí ingresado porque carece de familia. Te creo, Fernando, pero lo cierto es que últimamente visitas demasiado ese lugar. No tengo nada en contra de que vayas allí, si

lo haces por visitar a un antiguo profesor. Lo que sí me preocupa es que esas visitas sean diarias. He llegado a pensar que vas con tanta frecuencia, porque estás bebiendo algo, y allí no sirven alcohol. Si fuera así, me parecería bien que tú mismo seas capaz de autoayudarte...

¡Soplan malos vientos, hijo! ¡Eres, a temporadas, tan difícil! Ahora estamos atravesando una crisis. Y digo, atravesamos, porque yo navego contigo en este mar furioso de olas enormes, de miedos, de voces, de alucinaciones, de acusaciones, de intransigencias, siempre a punto de naufragar... Tal vez mañana, este océano de sentimientos encrespados, recobre la calma. Siempre es así: después de la tempestad, viene la calma, y otra vez la tempestad, y de nuevo la calma...

Tu aspecto de un mes para acá ha cambiado mucho. Luces una barba sin arreglar que te hace parecer mayor de lo que eres, y hasta incluso desaliñado. Te he insinuado varias veces que deberías ir al barbero a arreglártela, si a ti te resulta difícil. Te alteras. Me gritas: “¡quién te crees que eres! Que seas mi madre, no te autoriza a meterte en mi vida!” Saliste dando un portazo. Me quedé pensando que tal vez tengas razón... No había pasado media hora y me llamaste por teléfono. “Perdóname, madre, este endiablado carácter mío, me hace ser así... Y escucha bien, para que no insistas más: esta barba no me la voy a quitar, porque detrás de ella me escondo”.

_Pero Fernando, hijo, tú no tienes por qué esconderte. No eres un delincuente. De cada diez personas, cinco, pueden padecer un problema de salud mental en algún momento de su vida. Y de cada cien, casi dos, padecen esquizofrenia...

_¡Ya, qué fácil es dar consejos! Si te sintieras tan observado como me siento yo, veríamos a ver dónde te metías...

Cuatro timbrazos me sobresaltaron, cuando apenas eran las siete de la mañana. Sabía que eras tú. Es tu forma de llamar cuando algo te altera. Normalmente respetas la hora de venir a casa, porque yo, medio en broma, medio en serio, te recuerdo que nuestra particular cafetería, se abre a las nueve de la mañana. Vienes siempre a desayunar conmigo, y así no se te olvida tomar la medicación.

Entraste desencajado, malhumorado y muy nervioso. Los primeros que detectaron tu mal estado psíquico fueron, Catty, nuestra gata, y Ciro, nuestro perrillo. Ambos desaparecieron cuando abrí la puerta y te vieron. Ella se subió en lo alto de una estantería de libros y el perro, menos ágil, se escondió debajo de la cama, que antes fue tuya y que aún lo sigue siendo, cuando no te encuentras bien, y decides pasar unos días en casa... Es curioso su comportamiento, porque hasta en los peores momentos de crisis, eres cariñoso con ellos...

¡Yo soy el culpable del suicidio de Chung Li, madre!, me gritaste.

_ No te entiendo, Fernando. No sé de qué suicidio me hablas, ni quién es esa persona que mencionas. Tú estabas fuera de sí, y yo atemorizada. Sabía que en momentos así y sola, yo no debía llevarte la contraria...

_¡Tú nunca entiendes nada! ¿Es que no has leído la prensa de ayer?

_Pues no, hijo, precisamente ayer, no pude leer nada...

Seguí haciéndote las tostadas, silenciosa. Cuando estás tan alterado, es imposible dialogar contigo, y cualquier comentario que yo hiciera, derivaría en bronca. Ante mi silencio, te fuiste calmando y bajando el tono de tu voz, pero tu discurso me sonaba cada vez más disparatado...

_Si cuando me dijo: “Fernando, sácame de aquí, de este Hospital”, yo le hubiera hecho caso, él estaría vivo. ¿Comprendes? Yo soy el único responsable de

su muerte. Pero no tenía casco y le dije: mañana traigo uno para ti, te saco de aquí y te llevo a mi casa...

_ Fernando, hijo_ me atreví a decir_, sólo el psiquiatra que lo atendía, hubiera podido decidir cuándo debería abandonar el hospital. Tú, como amigo, sólo podías hacer lo que hiciste, visitarlo. ¿Te imaginas lo que hubiera pasado si te lo hubieses llevado a tu casa, y decide suicidarse en ella? Entonces sí que te habrías sentido culpable. ¡Ten cuidado, Fernando: No tomes decisiones que no te corresponden!

Es que él gritaba en la Cafetería que quería salir de allí y buscar a sus padres, allá donde estuvieran, insistías.

_ Entonces tú, hijo, le tenías que haber dicho que fuera donde el doctor a contarle lo que le pasaba...

Así lo hice. Vete al psiquiatra le dije_ yo te acompaño, si quieres_. “No, no voy, no te hacen ni caso...” Ahora, madre, me atormentan voces que me dicen: “¡no te vayas, Fernando, llévame contigo!” Parece que lo estoy viendo. Mientras yo me ponía el casco y arrancaba la moto, me seguía corriendo dentro del recinto del Hospital hasta que me perdió de vista. Y ahora está ¡muerto!, ¡muerto!_ Gritabas y yo estaba asustada. Estabas fuera de ti, hijo. Necesitaste ayuda profesional...

Fue pasando el tiempo y parecía como si te hubieras olvidado de tu amigo Li. Yo sabía que no, pero respeté tu silencio. Aquella mañana tenías ganas de hablar, y aunque me temía que hablarías del suicidio, y que recordarlo te haría daño, me dispuse a escucharte; no sin antes repetirte que deberías llamar a tu doctor y contárselo a él, porque sabría mejor que yo qué aconsejarte...

_¿Sabes cómo se suicidó, madre?

_ No lo sé, Fernando. No lo sé, hijo. Y me temo que hablar de ello, tan reciente todavía, te pudiera hacer daño.

Apenas si podía controlar el temblor de mi voz. Me daba miedo que al recordarlo te pusieras más nervioso de lo que estabas. Te repetí que debías llamar al especialista. Me miraste fijamente a los ojos, y me llamaste insensible. Me dijiste que lo único que de verdad me interesaba era mi bienestar, pero que si él se encontraba bien o mal, me era indiferente...

_¡Perdóname, hijo! Tranquilízate y cuéntame lo que pasó.

Permanecimos silenciosos, uno frente al otro, unos momentos, que se me hicieron tensos e interminables. Procuré aparentar tranquilidad para trasmitírtela a ti. Parece que lo conseguí, porque con voz mesurada comenzaste:

_Te había contado, días pasados, que Li me siguió hasta que me perdió de vista, y que le prometí que al día siguiente llevaría un casco para él, y lo sacaría del Hospital. El día veinticuatro de los corrientes, muy de mañana, me enteré, por la prensa escrita, que había aparecido un muchacho muerto debajo de la quilla de un barco. Por el lugar donde lo encontraron, tuve la corazonada de que era él, madre. El periódico no mencionaba su nombre, ni su nacionalidad. Ni hablaba de suicidio. Cuando llegué aquella mañana a la Cafetería del Hospital, todo parecía igual... Como si no hubiera sucedido nada. Algunos internos me confirmaron lo que hasta entonces había sido sólo un presentimiento. Li, nuestro amigo chino, se había ido para siempre. Seguramente porque yo desoí sus súplicas, por no tener un maldito casco.

_Yo comprendo que estés apenado, hijo. Pero no eres culpable. Te repito, una vez más, que tú no puedes tomar la decisión de llevarte a un paciente del Hospital, Fernando. Me temo que las visitas diarias a la Cafetería, te están haciendo daño. Deberías dejarlo.

Si le hubiera traído a mi casa aquella tarde, estaría vivo, madre,
repetías obsesionado, una y mil veces...

_O no, Fernando. Y si se le hubiera ocurrido suicidarse en tu casa, ¿te
imaginas el lío en el que te habrías metido? No pienses más en ello, hijo. Yo también
siento mucho lo que ha sucedido. Pero no estaba su vida en tus manos. El destino de
cada ser humano se cumple inexorablemente. Él es quién decide...

_Es que la muerte que tuvo fue tan triste, madre. Pensar que se subió a
un viejo barco, anclado en aquella bahía, de aguas ennegrecidas por el fueloil que
sueltan los buques que por allí pasan. Y por los que allí se quedan para ser
desguazados, porque no sirven para nada. ¡Qué se desnudó y se sumergió en aquellas
aguas heladas! ¡Qué estaba muy solo! ¡Qué se quedaría helado, porque fuera el
termómetro marcaba cero grados! ¡Qué yo lo había abandonado unas horas antes,
madre! ¿Lo entiendes?

¡Claro que lo entendía! No pude contener las lágrimas. El relato me
había conmovido. Nunca antes había oído hablar del chino Chung Li. Pensaba en sus
padres, sobre todo en su madre. Siempre pienso en las madres... Encendiste un
cigarro. Estabas fumando mucho aquel día. Enmudecimos los dos. “Nunca debe
romperse el silencio, si no es para mejorarlo”. No sé quién lo dijo, pero me gusta.

Te levantaste e hiciste ademán de despedirte, momento que aproveché
para invitarte a quedarte en casa a cenar y a dormir, para que no te sintieras tan solo.

_No, madre, me siento bien después de habértelo contado. Me voy a mi
casa. Prefiero estar solo. Escucharé música clásica. Me relaja mucho. No te
preocupes, estaré bien.

Pasó un tiempo antes de que volvieras a tocar el tema del suicidio. Yo tampoco lo mencionaba por temor a alterarte. Esta mañana, mientras preparábamos el café, me has comentado:

_No te puedes imaginar qué buena amistad teníamos Li y yo, mamá. Tú sabes que yo siento una admiración profunda por lo oriental. Hiroko fue el gran amor de mi vida. Ella era japonesa, y poco tienen que ver los chinos y los japoneses, sólo que ambos son orientales. Pero desde el momento que me lo presentaron en la Cafetería, sentimos una corriente de simpatía mutua. Después de contarme la inmensa tragedia que marcó su vida para siempre y lo llevó a la locura, supe que iría a visitarlo todos los días.

_Estoy pensando, hijo, que cuando el Hospital comunique la tremenda noticia a su familia, tiene que ser terrible. ¡Pobres padres y hermanos!

_Nadie llorará por él. Nadie reclamará sus restos. Era huérfano. Todos los seres queridos que dejó en su país: sus padres, sus siete hermanos, su pequeña novia Shue, con la que pensaba casarse en breve, desaparecieron arrastrados por las aguas turbulentas de un río, que se desbordó por las intensas lluvias. Habitaban en una pequeña aldea y se dedicaban al cultivo del arroz, con lo que apenas lograban sobrevivir. Él vino a nuestro país a buscarse una vida mejor, y trabajaba en un restaurante chino, donde era jefe de camareros, por su buen hacer. La vida le sonreía, madre. Pero la pérdida de todos sus seres queridos en una noche, lo llevó a la locura y al suicidio. Nunca podré olvidar la última frase que me dijo: “Fernando, se puede vivir sin nada, pero, ¿se puede vivir sin nadie?”

Enmudeciste y yo no me atreví a seguir preguntando. Tomaste una taza de café, encendiste un cigarrillo y te pusiste a resolver el crucigrama de un periódico.

Confieso que la historia del chino me dejó sin habla. Hacía frío en el exterior, pero yo sentí otra clase de frío. Se me había helado el alma...

Te costó salir de aquel bache. Un día te recibió el doctor. Andabas por el Hospital y te llamó: “Fernando, si me necesitas, ven a verme a mi consulta”. Por fin obedeciste y hablaste con él. Esta temporada estás muy reservado, y no me has contado de qué hablasteis. Yo tampoco me atrevo a preguntarte.

Estás haciendo lo imposible por aprender a vivir solo en tu pequeño apartamento. No eres ordenado, hijo. Tienes temporadas. Te gusta la cocina y aunque prepares unos potingues algo raros, yo trato de enseñarte. ¡Necesito que aprendas a vivir, Fernando! Siento una angustia tremenda, cuando pienso en tu soledad. Soledad impuesta por las circunstancias, no elegida libremente... Es casi imposible que podáis tener una relación duradera. Sólo un amor incondicional y verdadero, podría soportar vuestro carácter. Recuerdo una cita de Frank Outlaw. Te la hice con letras grandes, y la coloqué en tu casa: “Vigila tus hábitos; se convierten en carácter. Vigila tu carácter; se convierte en tu destino.”

Durante esta temporada estoy bastante sensibilizada con el tema de los suicidios. En poco más de tres meses, sólo en nuestra Comunidad Autónoma, ha habido tres: dos hombres y una chica, muy jóvenes, y temía que pudieran afectarte tanto, como el de tu amigo, el chino Li. Te aconsejé que tal vez fuese conveniente que visitaras con menos frecuencia el Centro Psiquiátrico porque, desgraciadamente, Li ya no estaba...

—¡Déjame en paz! Me cuesta tanto vivir algunos días, que tus consejos diciéndome dónde debo ir y dónde no, me molestan, ¿comprendes? Parece que se te olvida que todavía está el Catedrático, y que soy yo la única persona que lo visita.

Además te confiaré algo, que sé que no te va a gustar: he decidido pedir trabajo en los talleres del Hospital.

No me sorprendió. Con respecto a lo que tú dices o haces, he perdido la capacidad de sorprenderme, hijo. Por eso, con la mayor naturalidad del mundo, te comenté:

_Fernando, tú tienes la posibilidad de trabajar en el Centro Especial de Empleo, a través del Centro de Día. No entiendo por qué prefieres hacerlo en el Hospital...

De verdad, de verdad, madre ¿no sabes por qué nunca voy a aceptar un trabajo en el Centro Especial de Empleo? Se te notaba enfadado y, más que hablar, chillabas.

Permanecí callada. Era lo mejor. Según en qué momentos, el silencio, es un buen calmante. En éstos, lo era...

_La sombra de mi padre, que es más alargada que la del ciprés de Miguel Delibes, planea sobre el Centro de Día, y sobre el Centro Especial de Empleo. Y allí yo no tengo cabida. ¡No puedo, madre! Yo sé que tú no lo entiendes. Y quiero que sepas que me siento humilladísimo, incluso, cuando acepto tu ayuda...

_Eso es soberbia, Fernando.

¿Eso crees, madre? Guardaste unos segundos de silencio y continuaste_. ¿Sabes cuántos años hace que lucho por aprender a vivir solo en mi casa?

_Creo que seis años, hijo.

_Seis, sí, seis años, madre. Estoy solo, y se me han hecho eternos...

En este tiempo, sólomente me has visitado tú. Mi padre ha subido a mi apartamento tres días, tres, madre. Y todavía no sabe de memoria mi teléfono. Este

detalle te indicará las veces que me ha llamado. No tengo más patrimonio que mi soberbia, como tú llamas a mi amor propio.

_Entre padres e hijos no debería existir eso que tú crees que es amor propio, Fernando. El cariño, el diálogo, el perdón, la humildad, la comprensión..., deben ser los lazos de unión entre los miembros de una familia, hijo.

No hubo respuesta. Y siento mucho no tener otro final mejor, para cada uno de los protagonistas de este relato...